

Análisis sobre el cuerpo de las exrefugiadas y la ropa indígena maya: el caso de Los Laureles, Campeche, México

Analysis of ex/refugee women's bodies and Mayan indigenous clothing: the case of Los Laureles, Campeche, Mexico

Okura, Yuko*

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Universidad Nacional Autónoma de México. México
yuko.okura@crim.unam.mx

Resumen

En concreto, en el presente artículo se aborda el motivo por el cual, entre las mujeres indígenas mayas guatemaltecas, el cuerpo debe ataviarse de indumentaria cultural y no de ropa occidental. Así pues, en tanto que estudio de caso, en éste se discute la situación de las exrefugiadas indígenas mayas guatemaltecas avecindadas en Los Laureles, Campeche, Campeche —una comunidad para refugiados fundada por el Estado mexicano—, quienes aún tejen en telar de cintura y portan su indumentaria tradicional, sin integrarse del todo en la cultura campechana. Partiendo de este fenómeno, y mediante el análisis de los aspectos sensoriales y emocionales relacionados con la indumentaria cultural (i.e. 'separarse del cuerpo' y 'recuperar el cuerpo (a través de la misma)'), los cuales derivaron de su traslado a México, nos aproximaremos a la relación que existe entre el cuerpo de las exrefugiadas y sus respectivas prendas típicas. Los datos a discutirse provienen de dos estancias de trabajo de campo etnográfico realizadas en enero de 2022 y febrero de 2023, respectivamente, y se examinan al amparo de la antropología y la sociología de los sentidos y las emociones.

Palabras clave: Sentires del cuerpo; Memoria sensorial; Los Laureles; Exrefugiadas guatemaltecas; Cultura textil maya.

Abstract

This article addresses why, among Guatemalan Mayan indigenous women, the body must be dressed in cultural dress and none other. Thus, as a case study, it discusses the situation of Guatemalan Mayan indigenous ex-refugee women living in Los Laureles, Campeche, Campeche—a community for refugees founded by the Mexican State—who still weave on backstrap looms and wear their traditional clothing, without fully integrating into the foreign culture. In this regard, and through the analysis of the sensorial and emotional aspects related to cultural dress (i.e. 'separating from the body' and 'recovering the body (through it)') which derived from their relocation to Mexico, we will approach to the relationship between the refugees' bodies and their respective typical garments. The data stems from two ethnographic fieldwork sojourns conducted in January 2022 and February 2023, respectively, and are examined under the light of the anthropology and the sociology of senses and emotions.

Keywords: Feelings; Sensorial memories; Los Laureles; Guatemalan ex-refugees; Mayan textile culture.

* Doctora en Estudios Mesoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Sus intereses profesionales se centran en el análisis de la continuidad de la cultura textil entre los indígenas mayas de Guatemala. A propósito de ello, el proyecto que desarrolla en la actualidad estudia el papel que la cultura textil juega entre los exrefugiados indígenas mayas de Guatemala radicados en Campeche, echando mano del método etnográfico. UNAM, Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, Becaria del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, asesorada por la doctora Serena Eréndira Serrano Oswald. ORCID: 0009-0008-1765-2730.

Análisis sobre el cuerpo de las exrefugiadas y la ropa indígena maya: el caso de Los Laureles, Campeche, México

Introducción

“Los cuerpos humanos son cuerpos vestidos” (Entwistle, 2002: 11). Ya se trate de ropa, adornos, piel tatuada, bronceada o perfumes, nuestro cuerpo siempre se atavía conforme a determinadas “convenciones sociales y sistemas de representación” (Entwistle, 2002: 13). En otras palabras, cuerpo y prenda, que entre los indígenas mayas de Guatemala recibe el nombre de *ropa*¹, están inextricablemente unidos.

En el presente estudio se aborda el motivo por el cual, entre las mujeres indígenas mayas guatemaltecas, el cuerpo debe ataviarse de *ropa* y no de indumentaria occidental. Así pues, en tanto que estudio de caso, en el mismo se discute la situación de las exrefugiadas indígenas mayas guatemaltecas actualmente radicadas en Los Laureles, Campeche, Campeche² –una comunidad para refugiados fundada por el Estado mexicano–, quienes se vieron obligadas a vestir con ropas occidentales tras su desplazamiento forzado a México, si bien gradualmente fueron capaces de recuperar sus respectivas vestimentas, y con ellas sus cuerpos. Con esta finalidad, mediante el análisis de los cambios que experimentaron en ambos momentos (i.e. cuando ‘perdieron sus cuerpos’ y cuando ‘los recuperaron’ por medio de la *ropa*), se indaga la estrecha relación que existe entre

1 Basándome en la narración de Andrés -no su verdadero nombre-, empleo el término “ropa” en vez del de “traje”. Él dijo “[...] pues, desde nacimiento, [mi esposa] tiene puesto así [la prenda], es como natural, ropa. No, no tenemos [que avergonzarnos], porque avergonzarnos” (Andrés, 2022). Esto quiere decir que, para ellos, el traje es la ropa y, por ello, ropa occidental y su ropa ostentan el mismo “estatus”. Como declaré en las líneas anteriores, el nombre de cada interlocutor que aparece en este trabajo ha sido cambiado para preservar su privacidad.

2 Los Laureles, Quetzal Edzná y La Libertad, en el municipio de Campeche, y Maya Tecúm I, Maya Tecúm II y Santo Domingo Kesté, en el municipio de Champotón.

ambos, cuerpo y *ropa*, así como en las sensaciones y las emociones que durante el proceso se dieron cita en ellos. De hecho, como yo he investigado en algunos pueblos de Guatemala sobre el mecanismo de la continuidad de la cultura textil por las indígenas mayas, el proceso de recuperar la cultura textil y retomarla en el caso de Los Laureles me llevó a estar convencida que fortalecerá el entendimiento sobre dicho mecanismo de la continuidad que se sostiene por la construcción de la relación firme entre las indígenas mayas y su *ropa*. La evidencia a discutirse proviene de dos estancias de trabajo de campo etnográfico realizadas en enero de 2022 y febrero de 2023, respectivamente, misma que se analiza a la luz de la antropología y la sociología de las emociones y los sentidos.

A tal efecto, este artículo se divide en cinco apartados. En el primero de ellos se abordan los marcos teórico-conceptuales de los “sentires del cuerpo” desde los dos campos disciplinarios previamente referidos y se presenta la metodología puesta en práctica. En el segundo se reseña la dimensión sociocultural actual en Los Laureles. En el tercero se analizan las experiencias sensoriales que se relacionan con la separación de la *ropa*. Con base en lo expuesto en su predecesor, en el cuarto se examina el proceso de recuperación del cuerpo. En el quinto, y último apartado, a manera de conclusión, se ahonda en el papel que los sentires del cuerpo desempeñan en la conformación de la relación cuerpo-*ropa*, la cual, como se verá, no sólo es indisoluble, sino también perenne.

Cuerpo: dispositivo vivencial

En este estudio, el cuerpo es entendido como un dispositivo vivencial que nos permite percibir el mundo, en tanto que “(...) está constantemente produciendo sentido, insertando de ese modo al ser

humano en un espacio social y cultural determinado” (Le Breton, 2018: 10). Esto quiere decir que nuestros cuerpos son la vía por medio de la cual nos es dado experimentar la realidad tanto en presente, como en pasado, pues es un hecho de todos sabido que asimismo podemos desatar estas experiencias por medio de comunicaciones sensoriales, como lo son los recuerdos.

Según Elisabeth Hsu (2008) “Las experiencias sensoriales se producen, se representan y se perciben en combinación con otras, entrelazadas con la emoción, el significado y la memoria” (p. 440). En ese sentido, es posible afirmar que las experiencias sensoriales no sólo señalan los afectos biológicos, sino también muchos más, pues lo sensorial “se relaciona no solo con las sensaciones sino también con las emociones y afectos que nos enlazan a unos con otros y que nos impulsan o inhiben a hacer o dejar de hacer” (Sabido Ramos, 2020: 2). Es así que, al percibir y experimentar el mundo, los sentidos llegan a mostrarse como una suerte de unión (Le Breton, 2017: 18), la cual suele recibir el nombre de multisensorialidad (Le Breton, 2017; Rodaway, 1994; Vannini et al., 2012). Aunque dicha noción se centra únicamente en los sentidos, también puede aplicarse a otras confluencias como lo serían las de las emociones y los sentires, las sensaciones y las emociones, etcétera. Con base en este hecho es que en el presente estudio todas aquellas experiencias que tienen cabida en el cuerpo –dígase, emociones, sensaciones, sentimientos y sentires– se conciben y se analizan como un todo coherente y complejo.

Dotar de nuevo sentido a una cultura textil en una comunidad que no es la propia

De acuerdo con Hirai (2014) “...la migración no es un simple desplazamiento físico, sino también un ‘desplazamiento de emociones y significados’, del cual surgen nuevas prácticas especiales y culturales que transforman la realidad social” (p. 79). A partir de esta idea, Los Laureles, el pueblo en que se basa este estudio y en el que convergieron diferentes grupos étnicos mayas³, ostenta una connotación especial, pues puede ser visto no sólo como el ‘espacio vital’

3 Entre sus lindes se reconocen ocho grupos mayas: chujes, ixiles, jalcatecos, kanjobales, kaqchikeles, kekchíes, mames y quichés (Cruz Burguete, 2000: 568). Sin embargo, según la información de Gabriela, quien es Ixil y que tiene 57 años, al día de hoy sólo una familia se identifica como kaqchikel, de acuerdo con el criterio de lengua indígena (HBI). Sin embargo, otros exrefugiados me han dicho que no conocen kaqchikeles en Los Laureles, porque su idioma ya no suele escucharse. Por lo tanto, en el presente trabajo hablo de ocho grupos, pero bien podrían ser menos. En cualquier caso, de todos estos grupos, los mames son los más populosos dentro de Los Laureles.

al que los indígenas que huían de la guerra civil llegaron, sino también como una comunidad en la que las diferencias étnicas se desdibujan, lo que, en conjunto, les permite aceptar su nueva realidad, en tanto que refugiados. Otro aspecto que los ha identificado desde su llegada a dicha comunidad es el no poder comunicarse con sus paisanos, debido a los precarios medios de comunicación. Sin embargo, como era de esperarse, este hecho los orilló a compartir con sus vecinos el dolor y el sufrimiento que derivaron de su desplazamiento, sin importar que éstos no procedieran del mismo pueblo de origen o se identificaran como parte de algún otro grupo étnico guatemalteco.

Entre las experiencias compartidas por el grueso de las exrefugiadas asimismo se cuentan otras dos de fundamental importancia: el distanciamiento entre cada una de ellas y su respectiva cultura textil y la recuperación de la misma en un contexto sociocultural ajeno. Las experiencias sensoriales como no sentir la *ropa* o el telar de cintura en su cuerpo, por un lado, y, por el otro, volver a sentirlos después de muchos años originan sensaciones corporales, al tiempo que crean experiencias afectivas (Le Breton, 1999: 209), desencadenan muy diversas emociones (Brinkema, 2014; Massumi, 2002; Van Alphen & Jirsa, 2019) y transmiten mensajes culturales, por cuanto dichas emociones participan de un sistema de valores propios de un grupo social dado (Camps, 2011; Hochschild, 2008; Le Breton, 1999; Lutz, 1982, 1986; Lutz & White, 1986). De esta suerte, las memorias sensoriales que en torno a la cultura textil se suscitan (Seremetakis, 1993)⁴ no son meras ‘repeticiones’ de sentires pasados, sino que más bien implican “una recuperación a partir de los significados que le atribuimos” (Sabido Ramos, 2021: 253). Sirven, pues, para redefinir experiencias corporales pasadas por conducto de las presentes, en la medida en que recuerdos de los momentos en que aún vestían sus *ropas* y aún podían hacer uso de sus telares de cintura con regularidad las asisten en la recuperación de su cultura dentro del contexto social en el que se desenvuelven actualmente. O, lo que es lo mismo, el distanciamiento forzado entre ellas y su cultura textil no sólo implicó un mero desprendimiento físico, sino que a su vez cumplió un papel decisivo en la reafirmación y la reconstrucción del valor intrínseco que todas las culturas textiles conllevan consustancialmente. En consonancia con Tim Ingold, quien afirma que “‘dar sentido’ no consiste en someter

4 Los recuerdos sensoriales pueden resignificarse desde ciertas emociones (Sabido Ramos, 2021: 253). Por lo tanto, las memorias sensoriales no sólo se evocan a través de estímulos sensoriales, sino también a través de emociones.

la naturaleza humana al condicionamiento social, sino en la implicación de personas completas entre sí y con su entorno en el proceso continuo de la vida social” (Classen, 1993: 5 como se citó en Ingold, 2000:285) [Traducción propia], es posible afirmar que gracias a su condición de exrefugiadas, y a que los sentimientos derivados de su desplazamiento son compartidos por el total, las mujeres han sido capaces de resignificar su cultura textil en Los Laureles y han podido servirse de ella como una suerte de sustento emocional para sobrevivir.

Una migrante aplica el trabajo somático con exrefugiados

El cuerpo es una suerte de dispositivo vivencial que puede servir, entre muchas más cosas, como una herramienta metodológica. Al respecto, Vannini et al. (2012) sostienen que: “Los sentidos son destrezas que empleamos activamente para interpretar y evaluar el mundo” (Ingold 2000 como se citó en Vannini et al. 2012: 15) [Traducción propia]. Y ésta es justamente la manera en que mis sentidos me han sido de utilidad para integrarme en Los Laureles, que se denomina “trabajo somático” (Vannini et al., 2012). Especialmente, yo, como japonesa, estoy construida socioculturalmente muy diferente a los exrefugiados de dicha comunidad. Asimismo, no tengo experiencia con la guerra. No puedo comprender auténticamente a los exrefugiados a través de mi experiencia corporal inmediata, primero, con este cuerpo no puedo realizarlo. Por eso, el “trabajo somático” fue un método primordial. Al repetir prácticas socioculturales cotidianas estrechamente relacionadas con experiencias sensoriales, al aprender las pautas sensoriales que allí priman y al interiorizarlas al grado en que hace posible responder de forma adecuada tanto sensorial, como emocionalmente al contexto que ahí se vive. A través de emular la manera de relacionarse con la cultura textil -tejer con el telar de cintura, portar el traje-, ajustándose a la manera de sentir e intercambiando con las exrefugiadas, desde la empatía con el pasado y presente de ellas, el cuerpo de quien investiga se pudo transformar, aunque sea parcialmente, en un cuerpo cuyas percepciones son similares a las de ellas. Con este cuerpo acoplado socioculturalmente, se posibilita el acercamiento y la traducción a la manera de percibir el mundo de ellas. Para integrar mi cuerpo al espacio sociocultural de Los Laureles, en la estancia de trabajo conviví con una familia. Cada día platicaba con la gente, especialmente con las tejedoras, y participaba en cualquier evento: bodas, misas, fiestas de cumpleaños y convivios, para aprehender sensorialmente cómo vive la gente. Asimismo, practicaba las tareas de tejer

con el telar de cintura y de ponerme el traje junto con las exrefugiadas. A veces, ellas se reían de mi manera de portar el traje, y me la corrigieron. En este proceso aprendí a relacionarme con la cultura textil. Compartimos prácticas y nos acercamos sensorial y emocionalmente hasta generar empatía. Gracias a que se generó confianza mutua, los exrefugiados expresaron libremente sus emociones y sentimientos: de repente lloraban, se reían, gritaban y se enojaban en las entrevistas.

Al mismo tiempo, lo que no debe olvidarse es que mi cuerpo no se puede transformar completamente al de los exrefugiados. En otras palabras, el “trabajo somático” me permitió comprender subjetivamente -fusión con los exrefugiados- el contexto, pero seguía manteniendo la parte objetiva por tener un cuerpo construido japonés. De hecho, este aspecto me permitió realizar la “auto-etnografía” (Pink, 2015: 97-98), que viene a ser “un método que permite a los etnógrafos utilizar sus propias experiencias como vía para producir conocimiento académico” (Pink, 2015: 97). Me permitió darme cuenta de las diferencias socioculturales, y asimismo, observar objetivamente a los exrefugiados. Y es que, a pesar de que ni nuestros bagajes, ni nuestros pasados son idénticos, lo cierto es que, en nuestra condición de migrantes en México, las exrefugiadas y yo compartimos más de un rasgo que nos identifica y que nos facilita el compenetrarnos emocional y sentimentalmente. A la par, este mismo hecho me asiste en la comprensión del papel que juega la cultura textil en su nueva cotidianeidad como exrefugiadas (Pink, 2015: 27-28), pues en palabras de Ingold (2000), “A través de este ajuste de las habilidades perceptivas, los significados inmanentes en el entorno -es decir, en los contextos relacionales de la implicación del perceptor en el mundo- no se construyen tanto como se descubren” (p. 22) [Traducción propia]. En suma, a través de las experiencias y las prácticas con los exrefugiados, mi cuerpo ya construido de diferente manera sociocultural se convirtió en una herramienta metodológica: me permitió infiltrarme en sus sensaciones, sentimientos y emociones, y al mismo tiempo, descubrir sus significados y sus valores.

Relato somático y memoria sensorial

El presente trabajo forma parte de una investigación etnográfica, por lo que los datos provienen de la convivencia directa con los pobladores de Los Laureles; sobre todo con las exrefugiadas. Sin embargo, como señala Olga Sabido Ramos (2020), una de las posibles complicaciones metodológicas a las que se enfrentan quienes optan por este enfoque

es que las experiencias sensoriales casi no son puestas en palabras, debido a que éstas “tienden a inscribirse en el automatismo del cuerpo” (p. 216). Por ello, durante la investigación solía prestar más atención a los relatos somáticos (Vannini et al., 2012: 56-57) y la kinestésica, dado que resultan en dispositivos ciertamente redituables para aproximarnos a dichos matices. Especialmente, en la dimensión de la kinestésica, para que los exrefugiados no controlen sus emociones enfrente de la videocámara, les ofrecí la comida y la bebida que les gustaba y un espacio relajado -en general fue en sus casas-. Asimismo, para que no sintieran vergüenza por expresar fuertemente sus emociones, cuando ellos lloraban, se enojaban o se carcajeaban, yo también hice lo mismo, para que naciera la empatía entre nosotros, y pudieran sentir confianza conmigo. De hecho, esta manera de “imitar” sus lenguajes corporales me permitió aprehenderlos, y comprender los datos audiovisuales al momento de analizarlos, porque me re-evocan los sentimientos y las emociones de dichos momentos. En otras palabras, el método de imitación me permitió interpretar sus lenguajes corporales desde la perspectiva de los exrefugiados.

Al decir de Vannini et al. (2012), el proceso de verbalizar lo que uno percibe a través del cuerpo implica volver a reconocer lo que uno siente, lo que significa, y tratar de encarnarlo (pp. 56-57). En otras palabras, los sentimientos y sensaciones expresados en la narración no son meras impresiones, sino elementos de suma importancia, por cuanto ponen de manifiesto la relación prelingüística e inmaterial que existe entre el yo y el objeto/otro. Aún más, en palabras de Sabido Ramos (2020), “... las memorias sensoriales permiten investigar no las experiencias sensoriales en sí mismas, sino los significados que se les atribuyen a partir de cómo son narradas mediante un relato que nos remite espacio-temporalmente al pasado, pero que adquiere significado en el presente” (p. 216).

Así pues, durante la aplicación de dicha metodología se empleó el español como medio de inter-comunicación, ya que Los Laureles está principalmente conformado por exrefugiados que hablan un idioma indígena maya y español (o sólo e idioma indígena). Además de la explicación verbal se le prestó particular atención a los tonos, gestos y expresiones faciales y se echó mano de la kinestésica, por cuanto el registro audiovisual que presupone me permitió acercarme a lo que sienten y expresan por otros medios que no sean los verbales (Pink, 2015; Sabido Ramos, 2019: 30).

Por último, y antes de dar paso al siguiente

apartado, es importante aclarar dos cosas. Primero, que, antes de dar paso a la discusión de alguna entrevista, se indicará el nombre del interlocutor o la interlocutora, así como el año en que ésta se realizó y, segundo, que, cuando los interlocutores incurren en algún error gramatical o en el extracto de ésta no se consiga toda la información discursiva obtenida, esto se aclara en los corchetes en sus relatos.

El trayecto de los exrefugiados hacia Los Laureles

Como ya se anticipó, todos los habitantes actualmente radicados en Los Laureles provienen del Norte de Guatemala, a causa de la guerra civil que se desencadenó en su país (1960-1996) y del genocidio del que muchos pueblos indígenas mayas fueron víctimas (1981-1983). Por tal motivo, y gracias a que su cercanía les facilitó el traslado, muchos de ellos llegaron al estado de Chiapas, donde se instalaron en campamentos temporales, hasta que, en 1984, la Marina, el Ejército y la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) los obligaron a trasladarse a Quintana Roo y Campeche (Ruiz Lagier, 2013: 76). Aunque no todos se decantaron por esta alternativa, cerca de 17 mil refugiados -de los casi 200 mil que eran- accedieron a trasladarse hacia dichos estados por miedo a morir (Martínez Manzanero, 2012: 60). Sin embargo, las peripecias que la migración les deparaba no terminaron ahí, pues primero tuvieron que alojarse en bodegas de maíz situadas en el pueblo de Chiná⁵, luego, en julio de 1984, nuevamente fueron reubicados en Quetzal Edzná y Maya Tecúm -un par de pueblos para refugiados fundados por el Estado mexicano-, donde se enfrentaron a la falta de agua, tierra de cultivo y, en general, tierras propias; hasta ese momento, habían tenido que cohabitar con hasta tres familias de desconocidos, en una misma casa. Por lo mismo, una vez que empezó a correr la noticia de que Los Laureles sería edificada -luego de casi 10 años de la huida-, decidieron emprender el que representaría el último trecho de su éxodo, para asentarse definitivamente ahí.

Los Laureles en la actualidad: su dimensión sociocultural

Los Laureles se localiza a una hora y media en automóvil compartido (o flete), partiendo del centro de la ciudad de Campeche. Los pueblos construidos por las autoridades mexicanas a

⁵ Según Verónica Ruiz Lagier (2013): “las condiciones de traslado eran tan precarias que 7.2 % de la población refugiada muere al llegar a los campamentos de destino donde eran alojados en bodegas” (p. 77).

comienzos de la década de los noventa (Kauffer, 2002: 364), incluyendo Los Laureles –donde en la actualidad viven 2,669 personas (1,369 hombres y 1,300 mujeres), (INEGI, 2020)–, se sitúan lejos del centro. Dentro de la comunidad, los habitantes se dividen en tres generaciones, de las que la primera corresponde a la de los exrefugiados, mientras que la segunda y la tercera corresponden a los hijos de éstos, quienes, por nacimiento, son mexicanos.⁶ Por otra parte, a ojos de los campechanos, sin importar la generación a la que correspondan, todos son considerados “guatemaltecos”, aun cuando éstos hayan incorporado algunas prácticas culturales de Campeche. Y no parece extraño que así los perciban, pues es un hecho que, aparte de tejer y portar su *ropa*, sus habitantes aún conservan costumbres meramente guatemaltecas, como lo son las gastronómicas (p. ej. el atole de yuca, el consomé de pollo marca *Malher*, las tortillas gruesas, el café con piloncillo, etcétera), la interpretación musical en marimba (entre los hombres) y la costumbre de dormir en cama, aunque ya cuenten con hamacas, las cuales están pensadas para lidiar con las altas temperaturas que se registran en la región. En suma, para ellos es un consuelo poder relacionarse sensorial y emocionalmente con algunas de las cosas que daban por sentadas cuando vivían en Guatemala.

Los Laureles también goza de una mejor infraestructura. Esto se observa en los centros educativos, que, desde el jardín de niños y hasta la secundaria, están bien equipados; las dos torres de agua potable y la conexión eléctrica con las que todos los hogares cuentan; así como en las telecomunicaciones, ya que disponen de señal de telefonía móvil (hasta 4G) y más de la mitad del pueblo cuenta con conexión a internet (la compañía se llama *Mayaconnection*), lo que, en conjunto, les ha permitido estar en contacto con sus familiares en Guatemala y mantenerse enterados de lo que ocurre allí. Como ya se dijo, también disponen de más tierras de cultivo e incentivos económicos que los demás pueblos que le circundan, por lo que los hombres suelen dedicarse a la agricultura, la apicultura o la distribución de productos, mientras que las mujeres se dedican a tejer y suelen formar parte de alguna de las fundaciones consagradas a tal actividad, si bien también hay gente

⁶ De hecho, la mayoría de los exrefugiados guatemaltecos que vive en Los Laureles es mexicana por naturalización. Por lo tanto, podemos referirnos a ellos como oficialmente “mexicanos”. Sin embargo, cuando hablan de su identidad nacional, suelen comentar que son guatemaltecos, valorando sus idiomas y otras costumbres, como lo vimos con María, en la sección anterior. Esto quiere decir la identidad oficial y la que ellos se atribuyen no siempre coinciden.

que trabaja en la ciudad de Campeche como artesano u oficinista. Entonces, aun cuando es indiscutible que estos empleos son los que económicamente sostienen a Los Laureles, también es cierto que las remesas que envían los indocumentados que trabajan en los Estados Unidos son la principal fuente de ingreso, de manera generalizada. En paralelo, los huertos familiares –los cuales han promovido que la compra-venta de productos básicos se efectúe entre los mismos habitantes, en detrimento de las tiendas de abarrotes– es otra de las actividades económicas de las que se beneficia toda la comunidad.

Experiencias sensoriales y la separación de la *ropa*

Como se deja ver de todo lo antedicho, algunos de los exrefugiados pudieron reiniciar su vida en Los Laureles. Sus relatos no sólo encierran los traslados de un sitio a otro y a otro, sino también los rastros de lucha, humillación, angustia y dolor que la migración dejó a su paso, ya que, en el trayecto, muchas pérdidas y separaciones se efectuaron. Por ejemplo, en lo gastronómico, pues durante la huida no tenían más para comer que los frutos o hierbas que encontraban sobre la marcha; lo mismo ocurrió en Chiapas, donde sólo tenían al alcance el alimento que les socorrían los mexicanos. En el ámbito cultural, la pérdida más sensible fue la de la *ropa*. Por lo mismo, en este apartado nos acercaremos a las razones que condujeron a su abandono, así como a la forma en que, luego de un tiempo, pudieron recuperarla, y con ella sus cuerpos.

Perder la ropa

Una vez que la guerra civil se intensificó, los exrefugiados decidieron huir a las montañas, cargando sólo con lo mínimo necesario, por lo que la *ropa* no abundaba; viajaban con dos piezas, máximo.

De hecho, dado que nunca se imaginaron que la guerra durara tanto, cada familia se encargó de construir su propio almacén antiaéreo, donde escondían víveres –a saber, sal, azúcar, maíz, frijol, entre otros– y *ropa*, mismos que recuperarían una vez que fuera seguro volver a sus hogares en Guatemala. Sin embargo, como ya se sabe, eso jamás ocurrió.

Antes al contrario, a fin de escapar a las garras del Ejército, permanecían por meses en la montaña, dormían en los huecos de los árboles, donde también moraban animales peligrosos, y, cuando debían desplazarse, lo hacían sigilosamente, mayormente a nado, a través del río. Por supuesto, en tanto que

no llevaban consigo más que una muda de *ropa*, al tiempo, la que vestían comenzó a deshilacharse y a cubrirse de garrapatas. Tan es así que, de hecho, cuando comparten sus recuerdos de esa época, no reparan en la *ropa*, sino, más bien, en la comida, la convivencia con otros refugiados, los bombardeos o en cómo los militares masacraron a más de uno de sus familiares frente a sus propios ojos. Todo lo anterior nos lleva a afirmar que la *ropa* no ocupaba un lugar preponderante en esos momentos y, asimismo, que, por lo mismo, no guardan muchos recuerdos de ella —o, en su defecto, que prefieren no compartirlos por razones diversas. En ese sentido, es curioso que las exrefugiadas, en contraste con el grueso de los pobladores, sí lo hagan y me cuenten cómo, en los días de feria y seguidas por sus familias, se ataviaban con la *ropa* más elegante de que disponían; cómo sus madres se veían hermosas vistiendo su *ropa*, etcétera. De manera similar, los recuerdos que los varones comparten suelen girar en torno a lo bellas que les parecían sus novias portándolas

Esto, en combinación con la noción de ‘memoria sensorial’, nos hace sospechar que la razón por la que no suelen compartir recuerdos de esa época es porque les evoca sentimientos de miseria y vergüenza, en la medida en que el cuerpo recuerda sensorialmente el pasado, y el recordar el pasado es, a su manera, revivirlo. Recordar, pues, los días en que debían vestir *ropa* con garrapatas, deshilachada y sucia puede hacer aflorar sentimientos y emociones de tristeza, frustración y desamparo, a la vez que mina los recuerdos placenteros que aún conservan de ella.

Cuando llegaron a Chiapas, según María, de origen mam y 61 años, tuvo que abandonar su *ropa* hasta que llegó a Los Laureles, pues aquella con la que la socorrían era ropa occidental, y tampoco contaba con el material ni con el tiempo para confeccionar una por sí misma. Además, cabe aclarar que, dado que las mujeres no disponían de los enseres necesarios, trabajaban como agricultoras o vendedoras de cosechas para hacerse del sustento diario y, así, se veían obligadas a llevar ropa occidental, aunque fuera a regañadientes, ya que el sustento era su única prioridad. En torno a la relación entre el cuerpo y la indumentaria, Joanne Entwistle (2002) sostiene que: “La ropa es la forma en que las personas aprenden a vivir en sus cuerpos y se sienten cómodos con ellos” (p. 12). Por lo tanto, la ropa occidental les causaba una suerte de incomodidad corporal, por cuanto condicionaba sus movimientos e irrumpía con cómo el corte (falda enrollada) y su cuerpo se amoldaban, en términos de la fenomenología propuesta por Maurice Merleau-Ponty (2004): la ropa occidental se

confecciona para que se adecúe al cuerpo, a diferencia de su *ropa*, que se amolda al cuerpo naturalmente, al grado que se le considera una extensión del mismo. De ahí que perderla comprometiera la comunicación corporal que entre cuerpos y *ropas* se establece, a semejanza de lo que ocurre cuando alguien no tiene con quien hablar en su propia lengua y se siente en soledad.

A Fátima, una exrefugiada de origen mam y 60 años, le pregunté si cuando vivía en Chiapas tejía o no, a lo que contestó:

Noooooo, no, ahí sí me perdí yo. Nooooo, nada. Nada. Sola yo [estaba] en Chiapas, cuando vine en Palenque ya usaba yo la falda. Cuando entré aquí en México, ahora sí adiós la *ropa*. Yo quiere [=quería] todo mío [en esa época], [pero] ya no [podía], porque ya no más [había mis *ropas*]. Esta corte es de Guatemala, [que es] igual [que el corte de mi pueblo natal]. No, quité yo [mi corte], puro falda usaba yo, entré yo aquí México, falda y blusa, ay noo [debe ser]. (Fátima, 2022)

Pese a que ahora ya pueda portar su *ropa* nuevamente, lo cierto es que, a su llegada a México, no tenía más alternativa que vestir la occidental. Sin embargo, también ha de decirse que haber tenido que modificar su manera de vestir respondía más al deseo de incorporarse a una sociedad nueva, que al simple gusto, el contexto o el clima, lo que se refleja en sus propias palabras (p. ej. “ahí sí me perdí yo”, “ahora sí adiós la *ropa*”, etc.). De lo último podemos inferir que, al menos para ella, la despedida no implicaba un ‘hasta luego’, sino un ‘hasta nunca’. Al mismo tiempo, esta despedida no implicaba sólo un ‘adiós’ a su *ropa* como objeto, sino también un ‘adiós’ a su yo guatemalteco.

Como era de esperarse, y en tanto que las otras *ropas* de que disponían permanecieron en los almacenes antiaéreos de los que se habló al comienzo del apartado, esto también implicó perder la oportunidad de recuperar muchos otros de los recuerdos que a través de sus cuerpos habían registrado (p. ej. aquellos que tenían con sus madres cuando les enseñaron a tejer) y que habrían sido de suma utilidad para poder lidiar con su nueva realidad.

Re-sentir el cuerpo

Pese a la pérdida de la que se habló en el apartado anterior, hoy por hoy sus cuerpos vuelven a cubrirse de sus preciadas *ropas*, en combinación con las occidentales, las cuales se diría que usan de manera estratégica, por cuanto combinan ambos

tipos y aprovechan las bondades que cada una de ellas les ofrece (p. ej. para lidiar con el calor, ahora visten camisetas de algodón), si bien aún siguen portando su *ropa* en días especiales (p. ej. los días de misa). Partiendo de este hecho, en esta sección se examinará cómo es que la *ropa* se separó del cuerpo, por una parte, y, por la otra, cómo es que, más allá de las diferencias individuales, ésta está siendo recuperada dentro de Los Laureles colectivamente.

Conexión con la madre

María, quien tuvo que alejarse de su *ropa* hasta que llegó a Los Laureles, expresó lo siguiente al recordar el momento en que pudo volver a portarla: “Yo... yo estaba feliz cuando pude poner mi traja. No podía, no podía... POR FIN” (María, 2022). Entonces, asumiendo que la *ropa* no es sólo un objeto, sino también un recipiente de afectos, examinaremos las implicaciones que la recuperación de la *ropa* tuvo entre las exrefugiadas. Para así hacer, retomaremos fragmentos de sus propios testimonios, en vista de que en ellos se observan con mucha mayor claridad los lazos que entre ésta y las exrefugiadas prevalecen.

Para empezar, habría que hacer notar que siempre que hablan de los recuerdos que aún guardan de sus *ropas*, las primeras en aparecer son sus madres, por lo que no sería arriesgado afirmar que madres, *ropas* y exrefugiadas forman una relación trídica indisoluble. Asimismo, es importante subrayar el hecho de que, a diferencia de los recuerdos de los que se habló en líneas más arriba, aquellos que conservan de sus madres emergen naturalmente. Fátima me dijo:

Ah, mi mamá. Mi mamá dice tienes que aprender. Tú quieres estudiar. Hacer tu *ropa*, vas a hacer. Y como tal vez tenga, pero aunque no me..., no es fácil aprender. Pero al fin se me quedó. ¡Al fin se me quedó! Veo los bordados. ¡Ay Dios! ¡Quién no, quién lo puede hacer! Pero ¡Sí lo aprendí! (Fátima, 2022)

Puesto que necesitaba más *ropas* para ir a la escuela, su madre la obligó a tejer. En otras palabras, su madre no quería que su hija fuera a la escuela siempre con la misma *ropa*.⁷ Con todo, aunque este relato podría interpretarse como un recuerdo incómodo, lo cierto es que Fátima no parecía molesta ni enfadada al momento de compartírmelo. Por el contrario, echaba de menos aquella época y se mostraba nostálgica. Lo que al respecto Baruch

⁷ En la cultura indígena maya de Guatemala no se acostumbra lavar la *ropa* con frecuencia. Para que no se lastime la tela, la lavan a mano después de ponérsela varias veces. Por esta razón, las mujeres necesitan varias *ropas*.

Spinoza, en el libro de *Ética* (1983), afirma parece ser esclarecedor: “Esta tristeza, en cuando concierne a la ausencia de aquello que amamos, se llama nostalgia” (p. 172). Sobre todo porque, para él, la nostalgia no es una simple tristeza, sino que al mismo tiempo “... despierta un anhelo por volver a vivirlo tal y como se vivió entonces” (Quepons Ramírez, 2013: 120), ya que “con tanto mayor deseo o apetito se esforzará por alejar la tristeza” (Spinoza, 1983: 173). Esta concepción de la nostalgia nos servirá para entender de mejor manera el efecto que la recuperación de la *ropa* implicó para ellas.

Silvia, que es ixil, viuda y cuenta 66 años de vida, empezó a tejer a los ocho años, bajo la tutela de su madre, quien se encargó de enseñarle las técnicas, las combinaciones de colores e incluso la creación de diseños. De hecho, para Silvia, tejer fue una experiencia de aprendizaje similar a la de la escuela, dado que nunca asistió a ella. Por lo mismo, según su propio testimonio, ahora puede mover su cuerpo con el telar de cintura como lo hacía su madre. Como menciona David Le Breton (2010), la imitación repetida de los demás a través de los sentidos corporales forma en el yo un modo de comportamiento basado en las normas de la comunidad (p. 25). Es decir, la imitación repetida transforma el cuerpo del practicante en donde habita el dirigente. Partiendo de esta idea, el aprendizaje interiorizado de su madre está encarnado en Silvia y, por ello, tejer y portar su *ropa* es para ella una forma de ahuyentar la tristeza que produjeron la migración y la masacre. O, lo que es lo mismo, dejar de tejer o vestir la *ropa* significaría, pues, romper con el recuerdo de su madre.

Volvamos al caso de María, quien, en noviembre de 2022, fue a Guatemala para poder despedirse de su madre fallecida y que al respecto me dijo lo siguiente: “Yo ya no regreso a mi tierra. ¡Ya no está mi mamá! ¡Ya no! ¿Para qué?” (María, 2023). Como se observa en su relato, su madre y María han vivido separadas desde hace años, dado que María tuvo su propia familia desde que llegó a Chiapas, mientras que su madre decidió retornar a Guatemala con sus demás hijos. Desde entonces, María administra una tienda de artículos de primera necesidad en Los Laureles, a fin de servir de sostén económico a su familia. Sin embargo, pese a que ahora cuente con una estabilidad de la que nunca gozó, y podría decirse que vive felizmente, es un hecho que nunca pudo dejar atrás su pasado guatemalteco, sobre todo porque, en él, su madre sigue viva. Volviendo a su alegría de portar la *ropa* nuevamente, ¿por qué ella estaba tan feliz? Siguiendo las palabras de Seremetakis (1993), la *ropa* es la “sustancia interiorizada” (p.4) por María:

por medio de sus sentidos, percibía la *ropa* junto con su madre en aquella época, y esa percepción imprimió la memoria de estar con su madre en la *ropa*. De ahí que, para ella, portar la *ropa* equivalga a revivir a su madre a través de su propio cuerpo.

Para concluir este apartado, sólo cabría hacer notar que si bien sus madres podían llegar a ser muy estrictas con ellas mientras les transmitían sus conocimientos –sobre todo porque su interés estaba puesto en que sus hijas vieran en el tejido una manera de subsistir–, lo cierto es que los recuerdos que predominan son los más entrañables y a los que, ya sea tejiendo la *ropa* o portándola, vuelven siempre que tienen la necesidad de sobreponerse a las adversidades que implica rehacer sus vidas en un nuevo país.

Cuerpo incompleto

Debido a las inclemencias climáticas y a lo extenuante que resulta trabajar la tierra, poco a poco, las exrefugiadas fueron acostumbrándose a la vestimenta occidental, en detrimento de sus *ropas*. Sin embargo, como ya se dijo, eso no implicaba que pudieran sacudirse la incomodidad que el cambio de atavíos suponía, sobre todo por la vergüenza que les provocaba, pues, según Carolina Peláez González (2016), ése es el resultado de concebirse como un cuerpo que “se ve mal” o “se siente incómodo”, debido al incumplimiento de ciertas normas (p. 177). Y es que era imposible que no se sintieran avergonzadas ante las miradas que los demás pobladores les dirigían, pues todos las concebían como ‘incompletas’, en el sentido de que dicha vestimenta no correspondía a las costumbres que habían practicado y cultivado durante todas sus vidas. En suma, la única forma en que podrían ‘recuperar sus cuerpos’ era a través de su *ropa*, con la que sí se sentían cómodas.

Sin embargo, para volver a vestirlas, primero tenían que conseguir todos los materiales necesarios para elaborarlas, lo que no sería cosa sencilla, puesto que ese tipo de hilo no solía venderse en las cercanías y representaba un impedimento para materializar su anhelo, cosa que las entristecía.⁸ Sin

⁸ Sergio Aguayo, Hanne Christensen, Laura O’Dogherty y Stefano Varesse (1989) también han abordado el caso de la cultura textil, pero en una comunidad que lleva por nombre Los Lirios y se ubica en Quintana Roo. Allí, lo que más aquejaba a las exrefugiadas era no poder tejer, debido a que todo lo que ahí se podía conseguir era lana. De manera similar a Los Laureles, los exrefugiados hacían hasta lo imposible por encontrar los hilos que necesitaban para volver a confeccionar las prendas que acostumbraban. Tan es así que incluso llegaron a solicitar el apoyo de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) para importar los

embargo, una vez que se asentaron definitivamente en Los Laureles, según sus propios testimonios, las condiciones cambiaron, pues gracias a los comerciantes de Cuilco, una comunidad situada en el departamento de Huehuetenango, Guatemala, luego de años de espera, pudieron volver a tenerlos en sus manos. Esto, por supuesto, las emocionaba en demasía, ya que por fin podrían volver a confeccionar sus propias *ropas* y ataviarse conforme a lo que sus pautas culturales dictan, lo que se observó en la alza que experimentó la demanda de enseres básicos (p. ej. madejas y espadas). Otro aspecto que da cuenta de la emoción que en ellas revivió fue la creación de cinturones de cuerda tejida, los cuales sirvieron para reemplazar los de cuero, que son los tradicionales y que en Campeche no se conseguían. Dicha alegría permitió que las tradiciones se flexibilizaran y, en último término, insufló nueva vida en la cultura textil de las exrefugiadas. En suma, esta fue la emoción que se transformó en la “energía” (Collins, 2004) que necesitaban para conformar la alianza que desdibujaría las diferencias culturales que entre el total se percibía, y que en un comienzo condicionó su accionar. O, dicho en otras palabras, el hecho de no haber dejado atrás el sufrimiento parece haber actuado a su favor, en la medida en que fue este el que las impulsó a recuperar su cultura textil en el sitio que ahora llamaban hogar.

Conclusión

Como hemos tenido oportunidad de demostrarlo, la *ropa* no es un simple objeto: también forma parte del cuerpo de las indígenas mayas, sigue entretejiendo su yo y su pasado, de manera encarnada del criterio moral de su pueblo natal, de la figura de las mujeres y la memoria de estar con sus madres. De ahí que la *ropa* sea vista como la que faculta comunicaciones sensoriales y emocionales muy diversas (p. ej. el saber diferenciar las emociones y sentimientos que desata la vestimenta occidental, en contraste con la cultural, que les evoca satisfacción y alegría, entre otras). Percibir (comunicarse sensorialmente con) dicha cultura constantemente, les permite a las exrefugiadas no sentir la soledad en una tierra lejana, sino re-saborear su pasado, hilarlo con el presente y revivir constantemente el vínculo con su tierra natal.

materiales que requerían y a viajar a Comitán y San Cristóbal de las Casas, en Chiapas, donde podían comprarse hilos y madejas de calidad similar. Sin embargo, cuando se realizó la entrevista (marzo-diciembre de 1985 y junio de 1986) dicho plan no había sido puesto en marcha y a ello se debe que la narración culmine de la siguiente manera: “ahora algunos estamos muy apenados por el motivo de que no conseguimos esa calidad de hilo...” (Aguayo et al., 1989 :61).

Ninguna de las exrefugiadas se imaginó que lo que empezó como una huida terminaría por volverse su nueva realidad, que contra su voluntad tendrían que abandonar sus *ropas*, ni que, a final de cuentas, todo ello implicaría deshacerse de la relación que existía entre ellas y su patria, sus pueblos y sus madres, en vista de que el no poder vestir sus *ropas* también representaba un impedimento sensorial. Sin embargo, ni la soledad ni la nostalgia pudieron ser más que su deseo por revivir a sus madres a través de sus *ropas*, ni por transformar la adversidad en la energía que necesitaban para plantarle cara al futuro fuera de Guatemala, por duro u oscuro que pintara.

Es así que el cuerpo de las exrefugiadas se ha servido de los recuerdos que aún conservan de su patria, de su desplazamiento forzado a causa de la guerra civil y de su llegada a Los Laureles para reforzar la relación indisoluble que entre sus cuerpos y sus *ropas* jamás dejó de existir. Así pues, por medio del análisis de las emociones y las experiencias sensoriales relacionadas con la pérdida de sus *ropas* y de sus cuerpos, podemos afirmar que tanto las exrefugiadas, como todos los demás pobladores han podido revalorar lo que de su pasado permanece y han podido volver a entablar comunicación con sus costumbres y tradiciones, sin importar que sea a Los Laureles a lo que ahora deban de llamar hogar.

Referencias bibliográficas

- Aguayo, S., Christensen, H., O'Dogherty, L. & Varesse, S. (1989). *Los Refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintanaroo. Condiciones sociales y culturales*. Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, El Colegio de México.
- Brinkema, E. (2014). *The forms of the affects*. Duke University Press.
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Herder Editorial.
- Classen, C. (1993). *Worlds of sense: exploring the senses in history and across cultures*. Routledge.
- Collins, R. (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton University Press.
- Cruz Burguete, J. L. (2000). Integración de los refugiados guatemaltecos en Campeche. *Estudios Sociológicos*, 18 (54), 555-580. <https://doi.org/10.24201/es.2000v18n54.719>
- Entwistle, J. (2002). *El cuerpo y la moda: una visión sociológica*. Paidós Ibérica.
- Hirai, S. (2014). La nostalgia. Emociones y significados en la migración transnacional. *Nueva Antropología*, 27 (81), 77-94.
- Hochschild, A. R. (2008). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. En M. Greco & P. Stenner (Eds.), *Emotions: A Social Science Reader* (págs.121-126). Routledge Student Readers.
- Hsu, E. (2008). The Senses and the Social: An Introduction. *Ethnos*, 4 (73), 433-443. DOI:10.1080/00141840802563907
- INEGI, (2020). Censo de Población y Vivienda 2020. <https://www.inegi.org.mx/app/cpv/2020/resultadosrapidos/default.html?texto=champton%C3%B3n%20campeche>
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge.
- Kauffer Michel, E. F. (2002). Leadership and Social Organization: the Integration of the Guatemalan Refugees in Campeche, Mexico. *Journal of Refugee Studies*, 15 (4), 359- 387. <http://dx.doi.org/10.1093/jrs/15.4.359>
- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias: Antropología de las emociones*. Ediciones Nueva Visión.
- Le Breton, D. (2010). *Cuerpo Sensible*. Metales Pesados.
- Le Breton, D. (2017). *Sensing the World: An Anthropology of the Senses*. Bloomsbury Academic.
- Le Breton, D. (2018). *La sociología del cuerpo*. Siruela.
- Lutz, C. & White, GM. (1986). Anthropology of Emotions. *Annual Review of Anthropology*, 15(1), 405-436.
- Lutz, C. (1982). The Domain of Emotion Word son Ifaluk, the American Ethnological Society. *The American Ethnological Society*, 9(1), 113-128.
- Lutz, C. (1986). Emotion, Thought, and Estrangement: Emotion as a Cultural Category. *Cultural Anthropology*, 1(3), 287-309.
- Martínez Manzanero, BA. (2012). La construcción de la memoria y los significados del refugio guatemalteco en Maya Tecún, Champotón, Campeche. *Diario de Campo* (9): 60-63. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/diariodecampo/article/view/3288>
- Massumi, B. (2002). *Parables for the Virtual: Movement, Affect, Sensation*. Duke University Press.
- Merleau-Ponty, M. (2004 [1948]). *The World of Perception*. Routledge.
- Peláez Gonzáles, C. (2016). Un mar de vergüenza y asco: Experiencias laborales de limpiadoras de pescado. En M. Ariza (coord.), *Emociones, afectos y sociología. Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina* (pp. 149-192). Instituto de Investigaciones Sociales,

- UNAM.
- Pink, S. (2015). *Doing Sensory Ethnography*. Sage.
- Quepons Ramírez, I. (2013). Nostalgia y anhelo. Contribución a su esclarecimiento fenomenológico. *Revista de Filosofía Open Insight*, 4(5), 117-145.
- Rodaway, P. (1994). *Sensuous geographies: Body, sense and place*. Routledge.
- Ruiz Lagier, V. (2013). *Ser mexicano en Chiapas: Identidad y ciudadanía entre los refugiados guatemaltecos en La Trinitaria*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Sabido Ramos, O. (2019). Introducción: el sentido de los sentidos del cuerpo. En O. Sabido Ramos (coord.), *Los sentidos del cuerpo: un giro sensorial en la investigación social y los estudios de género* (pags.17-44). Centro de Investigaciones y Estudios de Género; Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sabido Ramos, O. (2020). Sentidos, emociones y artefactos: abordajes relacionales. Introducción. *Digithum*, (25), 1-10. <http://doi.org/10.7238/d.v0i25.3236>.
- Sabido Ramos, O. (2021). El giro sensorial y sus múltiples registros. Niveles analíticos y estrategias metodológicas. En B. Márquez y E. Rodríguez (coords.), *Etnografías desde el reflejo: práctica-aprendizaje* (pags.243-276). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Seremetakis, N. (1993). The memory of the senses: Historical perception, Commensal exchange and Modernity. *Visual Anthropology Review*, 9 (2), 2-13. <https://doi.org/10.1525/var.1993.9.2.2>
- Spinoza, Baruch. (1983). *Ética*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Van Alphen, E. & Jirsa, T. (2019). Introduction: Mapping Affective Operations. En E. Van Alphen & T. Jirsa (eds.), *How to Do Things with Affects: Affective Triggers in Aesthetic Forms and Cultural Practices* (págs.1-14). Brill Rodopi.
- Vannini, P., Waskul, D. & Gottschalk, S. (2012). *The Senses in Self, Society and Culture. A Sociology of the Senses*. Routledge.

Citado. Okura, Yuko (2023) "Análisis sobre el cuerpo de las exrefugiadas y la ropa indígena maya: el caso de Los Laureles, Campeche, México" en Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES, N°43. Año 15. Diciembre 2023-Marzo 2024. Córdoba. ISSN 18528759. pp. 82-92. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/issue/view/582>

Plazos. Recibido: 22/05/2023. Aceptado:20/09/2023.